



Mister Watson

POR LUIS RODOLFO CUELLO, ALIAS "LEMARSHANDETABLÓ" (TEXTO Y FOTO). ILUSTRACIÓN DE LUIS LIENDO. De la tradición oral familiar, el autor rescató la historia oculta en un objeto del 1900 que atesora en su colección personal. Y le sacó punta hasta convertirla en un afilado cuento.

Esperó a sentir el chirrido de la puerta de entrada de la casa de al lado: siempre cerca de la cuatro de la tarde, mister Watson llegaba de su trabajo en el Ferrocarril Central Argentino. Cruz, con sus diez años de edad, salió apresurado a cumplir sus horitas de changas con el inglés. Le hacía las compras habituales, las de todos los días: pan, el vino suelto, algunas verduras y el infaltable bifecito para hacerlo en una vieja plancha de hierro fundido. Corría el año 1890, ya había renunciado el Gobernador Marcos Juárez y Mr. Watson llevaba en Argentina unos ocho años. Había llegado a estos pagos para trabajar en el ferrocarril como inspector de vía y obra, un puesto muy buscado y bien pago que le permitía solventar el alquiler de una casita sobre el Boulevard Wheelrighth –hoy Bv. Guzmán– a unas cuadras de la calle ancha de Santo Domingo –hoy Av. General Paz–, en el barrio de La Segunda. Su salario también le permitía a Watson darse otros gustos, como los que le requería su marcada inclinación hacia las mujeres de vida ligera.

El trabajo del mister no era para nada rutinario: debía mantener el orden y la disciplina de los peones de vía y obra, cosa nada fácil, ya que entre su gente tenía personajes de todo tipo, calaña y color. Y su entreverado castellano no lo ayudaba. Aun así, supo ganarse el respeto de los obreros. Excepto el de un criollo de enorme porte apodado Ventarrón por lo prepotente y mal llevado, un tipo de mala entraña que siempre le arisqueaba al trabajo y cada vez que podía le propinaba una golpiza a algún compañero o sacaba ventaja haciendo que otros laburaran por él.

Cruz, con sus escasos diez años, admiraba y sentía una gran curiosidad por aquel hombre de habla tan enredada. A su vez, el flemático inglés experi-

mentaba un cariño por ese niño que solo demostraba con las propinas que diariamente le daba.

"Mira, boy –solía decir el inglés– en mi ciudad, en Liverpool, no podes imaginar los barcos que hay, inormes, y de todo mundo. Yo crié allí, a

dos calles de muelle". Y Cruz, que solo conocía la vera del Río Primero, que pasaba frente a su casa, soñaba con lo que no podía dimensionar. Mientras charlaban, continuaba la diaria rutina: encender la cocina a leña y carbón, calentar la vieja plancha de hierro, cocinar el bife y sentarse a la mesa para escuchar y ver cómo el inglés comía con su cuchillo criollo, un faconcito de hoja Boker Solingen encabado en madera de palo santo y torneado salomónico, con vaina de cuero con boca y puntera de plata. *"Este hoja es*

peligroso, boy –volvía a hablar el mister, entre bocado y bocado– Mira: tiene canaleta para que salga sangre y entra aire". Lo decía siempre, tal vez para infundir un temor que se volviera cuidado, para que el niño no tomara el puñal y se cortara con el filo de navaja que tenía.

Cruz levantaba la mesa junto a las monedas que el inglés le había dejado y se marchaba sin hacer ruido, ya que Watson se acostaba para hacer su siesta tardía. Era como un rito ver al mister ponerse el chaleco, el saco, acomodarse el moño y guardar su puñal en el bolsillo del sobaco. Miraba en el desplanteado espejo su lánguida figura, que no llegaba al metro setenta, y partía a pie hacia la costa norte del Río Primero, donde lo esperaban la lujuria y el placer comprado. Cruz no lo escuchaba regresar. Seguro que el inglés volvía muy entrada la noche o casi a la madrugada. El niño sí escuchaba el chirrido de la puerta, como ya contamos, a las cuatro de la tarde, cuando Watson entraba a su hogar al regreso de su

Supo ganarse el respeto de los obreros.

Excepto el de un criollo de enorme porte apodado "Ventarrón" por lo prepotente y mal llevado.

trabajo. Ese día, el británico llegó del ferrocarril mal, molesto, contrariado, murmurando por lo bajo y en su lengua natal cosas ininteligibles. Cruz apenas pudo entender "Ventarrón... Ventarrón...". La noche anterior el inglés se había encontrado en el prostíbulo con su subordinado. Ventarrón, totalmente borracho, estaba haciendo alardes de hombría con actitudes pendencieras: invitaba a pelear a cuanto personaje se le cruzaba, con la clara intención de que Mister Watson tomara como propio el desafío. Hasta que se arrojó a la querida de Watson para manosearla y, ante el rechazo de la chica, la cacheteó. El grito de la mujer y las protestas de la madama del lugar hicieron que el inglés reaccionara. Y cuando ambos hombres se encaraban a punto de la pelea, fueron separados. Pero ya durante el día, en plena jornada de trabajo, una gota habría rebasado el vaso: Ventarrón desoyó una orden de su jefe, dejando al inglés mal parado ante los demás peones.

Esa tarde, Watson no almorzó. Solo masculló el nombre del enorme criollo y se acostó a dormir su siesta. Cruz, trepado a la tapia, miraba hacia la casa de su vecino esperando que se levantara. Y entonces lo vio salir de la pieza al patio, presuroso e inquieto con su puñal en una mano y la chaira en la otra. Y lo vio humedecer la hoja y rasguñar acero contra acero. El brote del filo sonó como un alarido ante la seria y concentrada mirada de Mister Watson. Terminada esta operación, continuó con sus afeites y arreglo personal. El inglés salió a pie camino al lupanar, ignorando la presencia de Cruz, que seguía observando, silencioso, desde la tapia. El niño esperó a que el inglés se perdiera de vista para saltar del muro y cruzar el río en dirección al prostíbulo que todos conocían.

Una vez en la "casa de tolerancia", Cruz permaneció largo rato al resguardo de las miradas, debajo de los paraísos. Escuchó el bullicio, el jolgorio y luego un corto silencio, hasta que sobrevinieron los gritos histéricos de las mujeres. Las puertas del fondo de la ranchada daban a un gran patio que daba al río. Las mujeres salieron presurosas y llenas de temor. Y atrás, apareció Ventarrón, seguido de los demás hombres, clientes de la casa. Al minuto, caminando muy despacio, el grandote se introdujo al círculo humano que se estaba armando. Cruz, trepado ahora a uno de los paraísos, como espectador de privilegio, contemplaba absorto la escena: un duelo.

El criollazo, de frente y con su chalina enroscada al brazo izquierdo, peló una daga de considerables dimensiones, avanzando con las piernas



Facón Boker Solingen del siglo XIX.

de apabullar con su tamaño. Levantó el brazo y lanzó un golpe como para partir un quebracho. El inglés lo esquivó con un movimiento de cintura y aprovechó el amplio pecho del criollo para hundir su cuchillo de abajo hacia arriba hasta la empuñadura. Luego retiró el puñal de un golpe seco, al tiempo que retrocedía un par de pasos, atento a los movimientos de Ventarrón. Pero el criollo se movió, solamente se desplomó, con la boca abierta y los ojos en blanco, con el corazón atravesado de lado a lado, a los pies de Mister Watson.

El círculo, silencioso, comenzó a desarmarse. Había sido una pelea limpia y el británico había actuado en defensa propia. No habría policía esa noche: la madama sabía arreglar estas situaciones. Cruz, sumido en el espanto, saltó del árbol y corrió hacia su casa. No pudo dormir en toda la noche.

Entrada la mañana, el niño sintió el chirrido de la puerta de su vecino, corrió a preparar la tapia y allí vio al inglés, sentado en la silla del patio, abatido y ojeroso. "Boy, vení que te necesito", le pidió con voz quejumbrosa. Cruz, se descolgó del muro y pasó al patio. La cara de Watson estaba desencajada. "Andá a mi pieza y sacá del ropero valijas mías". Cruz no entendía lo que estaba pasando. Al regresar, lo vio lavando la hoja de su puñal en la pileta del patio, tratando de sacar todo resto de sangre del criollo, una sangre que parecía aferrarse al acero. Una vez terminada la limpieza llamó al niño a su lado y le dijo con cariño mirándolo a los ojos: "Boy, mí tengo que viajar, este cuchiyó es para vos, boy, debes cuidarlo y

cuidarte con él, como hombre", dijo con voz entrecortada. Pasaron varios años y Cruz nunca más volvió a saber de su amigo Watson. Esa tarde, como tantas otras, Cruz se afeitó, acomodó el nudo de su pañuelo blanco al cuello, guardó su facón criollo en la faja de la cintura y se dirigió a la costa norte del Río Primero, donde lo esperaba el placer y el amor comprado. 🍷



**"Este hoja es peligroso, boy
—volvía a hablar el mister,
entre bocado y bocado—
Mira: tiene canaleta para que salga
sangre y entra aire".**